

## **De metáforas e interdisciplinidades**

Nicolás Garayalde

**Eje temático:** Cultura, arte y comunicación.

**Pertenencia institucional:** Licenciado en Letras (FFyH) – Adscripto Teoría Literaria (FFyH) – Adscripto Seminario de Investigación en Discursos Sociales (FFyH)  
-Adscripto CIFFyH.

**Mail:** nicolas\_rio3@hotmail.com

### **Resumen**

El ejercicio investigativo supone a menudo operaciones de lo que podríamos llamar un transvasamiento interdisciplinar. Los conceptos migran de un campo al otro, son apropiados y resignificados generando efectos diversos. A menudo las nociones conducen caminos cercanos, otras veces la teoría literaria se acerca a disciplinas más duras como la biología. De un modo u otro, el desplazamiento interdisciplinar implica siempre procesos de reconfiguración y problemas metodológicos y epistemológicos. Uno de los modos en que estos traslados pueden ser llevados a cabo implica el proceso de metaforización. Nunca un desplazamiento es gratuito: supone siempre una sangría nocional. Algo se pierde en el camino. Pero supone a la vez una sutura. Un mecanismo de reconfiguración. La metaforización se ofrece, en este sentido, como un trabajo de suturación por adición que opera tomando algún elemento del concepto para diseminarlo. De este modo, la metaforización plantea maneras de enfrentar problemas a partir de juegos interdisciplinares. Se trata en esta ponencia de reflexionar en torno a este proceso y a través de algunos casos concretos tanto de autores y conceptos reconocidos (Deleuze- “rizoma”; Piaget- “asimilación/ acomodación”) así como de experiencias propias.

## **De metáforas e interdisciplinariedades**

Un médico mueve el estetoscopio sobre el tórax de un paciente en busca de sonidos. Si coloca la membrana sobre el espacio intercostal siguiendo la línea hemiclavicular izquierda, puede oír el cierre de la válvula mitral; si lo hace sobre el nivel paraesternal derecho, percibe el foco pulmonar; si desplaza el instrumento hacia la periferia del tórax, descubren sus oídos el murmullo vesicular, la expansión alveolar durante la aspiración. El médico se comporta, sin lugar a dudas, como un semiólogo. Pero lo que hace allí, moviendo su instrumento aquí y allá, es evidenciar que el cuerpo no es isotópico. La membrana juega sobre una textura que no siempre le dice lo mismo. De la zona infraclavicular al reborde costal, del área supraclavicular a la zona del hipocondrio, la escucha evidencia una diferencia textual. La coincidencia es doble: lo que se buscan son signos; lo que se evidencia es una textura dispersa y heterogénea. El cuerpo es sin lugar a dudas un texto. Lo es en un sentido literal, propiamente semiológico. Pero lo es también en un sentido metafórico. En el primero se detienen los médicos, los sociólogos, los antropólogos. En el segundo se sitúan los filósofos, los teóricos de la literatura.

En esta división, que nunca es tan estricta, se juegan dos perspectivas diferentes y así también diferentes efectos. La distinción es a veces una cuestión de direcciones. Si voy del texto al cuerpo busco signos, hago semiología (médica, antropológica, literaria); si voy del cuerpo al texto busco metáforas, hago teoría. En esta relación de direcciones divido una práctica de una teoría. Pero también establezco una delimitación de niveles: lo literal, lo metafórico. El signo que busca el médico es del orden de una literalidad: busca allí un sentido de primer nivel, la huella de una normalidad o de una patología. Otro tanto hace el crítico literario: se trata de una escucha, el diafragma auditivo

bajtiniano. El crítico desplaza la membrana sobre el cuerpo del texto. Rastrea signos, escucha movimientos: construye sentidos. Hay también una historia clínica del texto. Pero esa historia clínica es del orden de la literalidad. Si hay metáfora en esa escucha (en la del médico, en la del crítico) la hay sólo en tanto instrumento. Pero la dirección va hacia lo literal. La hay puesto que siempre una teoría precede a la observación. El crítico puede ser estructuralista, como el médico alópata. Pero el texto-cuerpo nunca evidencia una homogeneidad isotópica. La isotopía es construida (y generalmente sobre la base de una metáfora). Una afección pulmonar puede bien ser efecto de una alteración fisiológica; pero también consecuencia de una disfunción energética, o de un conflicto psicológico y una simbolización defensiva. O aún más, agregaría un deconstruccionista: existe una heterotopía fundamental que ofrece signos contradictorios.

Esta afirmación (la teoría precede a la observación), que a estas alturas parece una verdad de perogrullo, es requerida aquí para dar a cada cosa su nombre. ¿Para qué? Por un problema que quisiera abordar y exige la renominación de estos elementos. Se trata de algo que podríamos llamar desplazamiento interdisciplinario. Hablamos de una problemática específica de la investigación. La situación, conocida por muchos, en las que un concepto es extraído de una disciplina y conducido a otra. La experiencia investigativa demuestra que no es en ningún caso un procedimiento gratuito. Hay siempre una violencia en ese traslado. Todo mecanismo de traslación interdisciplinaria implica una pérdida: una hemorragia y una sutura. El concepto de cita en Bajtín es hermosamente explicativo en este sentido: “situar la voz de otro en un contexto hostil”. Puesto que exactamente así se generan esos desplazamientos. Hay una hostilidad esencial. La hostilidad de un uso, no de una interpretación. Cuando tomo un concepto del psicoanálisis para leer una novela no interpreto, uso. Hay una pragmaticidad de la investigación que procede en intercambios disciplinares. Pero en este uso la violencia no es sólo de pérdida. Lo que llamamos más arriba sutura es el proceso por el cual el concepto se reconfigura. La sutura es un trastocamiento de los elementos del concepto. Me parece oportuno afirmar ahora entonces lo siguiente: *la reconfiguración del concepto en su nuevo contexto es un proceso de metaforización.*

Dudo que pueda hablarse en todos los casos de este proceso. Pero pareciera posible afirmar que durante un desplazamiento conceptual interdisciplinario la mejor opción es metaforizar. Ello porque al hacer del concepto metáfora compenso la pérdida con otro nivel de sentido. El nivel metafórico posee una pluralidad de la que carece la

literalidad. Cuanto más literal el desplazamiento tanto mayor la pobreza explicativa, tanto mayor la pérdida. Hay una plusvalía del traslado literal. En el caso de la metáfora el mecanismo es sustancialmente diferente. La metaforización trabaja por adición. Si a menudo se la evita es por una precaución temerosa. Detrás de toda precaución hay un afán de no distorsionar, de no mal interpretar. Digámoslo: de no usar. Pero esta cautela, siempre prolija, afanosamente rigurosa, vanidosamente científica, atenúa un riesgo productivo y acusa una ingenuidad teórica. Toda pérdida del traslado literal es también un trastocamiento que reestructura el concepto. Pero a diferencia de la metaforización no agrega nada, no compensa. No desestimo aquí la validez de estos desplazamientos. Pretendo sólo defender la metaforización conceptual contra los reparos de rigurosidad. Puesto que la metáfora conlleva una característica que la hace potencialmente peligrosa: *es diseminante*. El peligro es sin embargo su principal virtud. Lo que genera la metaforización es el despegue de un sentido literal fijado. La metáfora desata el corsé del concepto al resitularlo en un plano nuevo. A partir de allí lo que sucede es en parte incierto y depende a menudo de la creatividad e imaginación del investigador. Lo que Paul Ricoeur ha llamado la *innovación semántica*. Se trata de

“la aproximación que súbitamente suprime la distancia lógica entre campos semánticos hasta ese momento alejados, para engendrar el conflicto semántico que, a su vez, suscita el destello de la metáfora (...). La imaginación es la apercepción, la visión súbita de una nueva pertinencia predicativa, a saber, una manera de interpretar la pertinencia en la falta de pertinencia” (Rorty, S/D: 202).

La teoría de la metáfora que trabaja Ricoeur traza precisamente su eje en el conflicto de elementos hasta entonces no cercanos. Si leo en un poema de Neruda “en tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo” inmediatamente mi lectura me obliga a innovar semánticamente para encontrar una pertinencia entre los ojos y la pelea de llamas. La falta de pertinencia conlleva una innovación interpretativa. Este conflicto semántico es frecuente en los traslados conceptuales allí donde el nuevo contexto presenta una hostilidad de pertinencia. Al metaforizar construyo una pertinencia en otro nivel. La innovación semántica es diseminante.

Existen numerosos ejemplos en la literatura científica de estos transvasamientos interdisciplinarios por metáfora. En algunos casos la diseminación es llevada

extensamente, en otros el uso es acotado. No siempre los efectos son los mismos ni siempre sus mecanismos proceden de igual forma.

Tomemos el concepto de *Rizoma* de G. Deleuze y F. Guattari por caso, y veremos allí una operación de metaforización desde la botánica a la filosofía. Se trata de un juego aparentemente comparativo pero las diferencias entre un campo de aplicación y otro son sustanciales. La botánica sitúa al rizoma en tanto concepto clasificador: lo que hace allí es trazar una tipología, definir una morfología, inventariar una serie de elementos mediante la referencia a sus características. El pasaje hiere al concepto en su función puesto que no se trata ahora de inventariar: el *Rizoma* deleuziano es un modelo descriptivo, explicativo y, si se quiere, también programático. El efecto del concepto es primero describir: hay una morfología (de ahí su vínculo, puesto que siempre debe existir un lazo entre la metáfora y la literalidad). Pero esta morfología no es sino más que un resto: el caos, la red, la acentralidad. Lo que podemos señalar en esa transposición es una sinécdoque: lo que queda del Rizoma es una parte, su carácter morfológico. Indudablemente el foco del efecto. Puesto que esa morfología afecta el carácter explicativo del *Rizoma* como modelo de lectura: la conexión y la heterogeneidad, por ejemplo. En la grama vemos conexiones inciertas, una heterogeneidad en sus formas; en un libro la morfología se repite, cualquier punto puede ser conectado con cualquier otro. Pero el *Rizoma* no clasifica. Si se le opone al árbol (en otra modalidad metafórica, un tanto más estabilizada por cuanto históricamente más desarrollada) es sólo en un gesto de posicionamiento metateórico: el psicoanálisis opera por ramificaciones centralizadoras; el esquizoanálisis por juegos rizomáticos. Pero el rizoma funciona a nivel teórico como modelo: por ello su efecto es explicativo (de este modo es posible leer, de este modo es posible intervenir analíticamente, o bien así leemos, así trabaja nuestro pensamiento, etc.) y programático (así debemos leer, así debemos analizar).

Existe, sin duda, un vaivén argumentativo pero también estilístico. El texto de Deleuze y Guattari va de la botánica a la filosofía y vuelve. Retoma un carácter morfológico para diseminarse, pero pronto se sujeta a la literalidad del campo original para desplegarse hacia otra ramificación. Curiosamente la metaforización es diseminante por cuanto es rizomática. La metáfora no tiene centro: se trata de un juego nómade fundamentalmente creativo. La grama es útil como rizoma para pensar el carácter heterogéneo y sin centro de los textos (por lo tanto de sus lecturas); pero la avispa, ahora rizomatizada, colabora a pensar el principio de ruptura asignificante. El

estilo es aquello que permite esta metaforización. La avispa se vincula a la orquídea porque en esa vinculación es posible pensar un nuevo efecto del rizoma en tanto concepto filosófico. A veces, el estilo compara:

“Evolucionamos y morimos – señalan Deleuze y Guattari – más de gripes polimorfas y rizomáticas que de nuestras enfermedades hereditarias o de enfermedades que tienen en sí su propia descendencia. El rizoma es una antigenealogía. Lo mismo acontece con el libro y el mundo: el libro no es imagen del mundo, de acuerdo con una arraigada creencia. Hace rizoma con el mundo” (Deleuze y Guattari, 1994: 19).

A veces, el estilo confunde, juega en una ambigüedad interdisciplinaria y el concepto se desliza un tanto caóticamente, respetando por momentos su literalidad, acentuando por momentos su metaforización, su sangría y su saturación:

“Haced rizoma y no raíz, ¡no plantéis jamás! ¡No sembréis, picad! ¡Haced la línea y jamás el punto! Línea de suerte, línea de cadera, línea de fuga. ¡Haced mapas y no fotos ni dibujos! Sed la Pantera rosa y que vuestros amores sean aún como la avispa y la orquídea, el gato y baduino” (Deleuze y Guattari, 1994: 39)

La crítica al concepto de mimesis es entonces operado bajo la lógica de una rizomatización de animales, insectos, paisajes, virus y vientos. El campo de la botánica es alterado en esta reconfiguración del concepto. Esto es lo que hemos llamado, metafóricamente, sutura. Hablamos de la metáfora sobre una metáfora. Suturar es compensar pero no detener. Habría que adicionar aquí algo nuevo, que nos evite el conflicto de la literalidad del cocer una herida: se trata del movimiento. La metáfora es siempre un desplazamiento como ya lo advierte Jaques Derrida:

Intento hablar de la metáfora, decir algo propio o literal a propósito suyo, tratarla como mi tema, pero estoy, y por ella, si puede decirse así, obligado a hablar de ella more metaphoric, a su manera. No puedo tratar de ella sin tratar con ella, sin negociar con ella el préstamo que le pido para hablar de ella. No llego a producir un tratado de la metáfora que no haya sido tratado con la metáfora, la cual de pronto parece intratable. Por eso desde hace un momento me voy trasladando de desvío en desvío, de vehículo en vehículo, sin poder frenar o detener el autobús, su automaticidad o su automovilidad (Derrida, 1978).

Advertimos en este caso un aspecto central de la metaforización interdisciplinar: el estilo. Puesto que la metaforización es también un trabajo de estilo. Hay un estilo Deleuze como hay un estilo Lacan: allí se recurre a la botánica, aquí con frecuencia a la matemática. La metáfora se sostiene sobre un estilo, que tiene el carácter de conducir favorablemente, como un metal el calor, un desplazamiento nómada. Hay una retórica de la metaforización interdisciplinar. El poder argumentativo de esta retórica no puede subestimarse. En autores como Lacan o Derrida, el estilo hiperboliza la ambigüedad de la metáfora (lo que exige una búsqueda de pertinencia) favoreciendo a su vez un movimiento diseminante y nómada. Por ello volvemos a insistir en que el Rizoma es también una metáfora de la metáfora.

En otros casos el estilo acota, disminuye el poder metaforizante. Es el caso de Jean Piaget, por ejemplo, donde la biología (o más específicamente la fisiología) presta conceptos a la psicología. Me refiero a las nociones de acomodación y asimilación que Piaget construye para explicar el fenómeno de adaptación cognitiva en el niño. Lo que se conjuga aquí es un trabajo de desplazamiento que se sujeta con mayor fuerza a la literalidad, posiblemente porque los conceptos son prácticamente elaborados de manera simultánea. Piaget habla de un ejemplo biológico, puesto que primero, si seguimos a John Flavell,

“para la mayor parte de nosotros los hechos fisiológicos son más palpables que los procesos psicológicos, y la comprensión preliminar de estos conceptos puede facilitarse si primero se los muestra en su contexto biológico. Segundo, el isomorfismo entre la biología y la inteligencia respecto de estas invariantes, debe ser documentado, no simplemente afirmado” (Flavell, 1971: 64).

El uso de la metáfora es aquí claramente diferente. Piaget describe la adaptación y la asimilación dentro del contexto de la biología como mecanismos de la digestión. Cuando nos alimentamos, señala Piaget, nos acomodamos a la comida que ingerimos: debemos abrir la boca, masticar una cierta cantidad de veces para poder digerir. Pero a la vez llevamos a cabo un proceso de asimilación: el alimento es a su vez alterado por nosotros en el proceso de masticación y salivación. El esquema pasa de este modo a la psicología cuando Piaget pretende explicar los procesos cognitivos de los niños. Los pequeños asimilan la realidad según sus propios patrones cognitivos; pero a la vez la realidad no es absolutamente maleable y exige procesos de adaptación. El nuevo modelo permite a Piaget explicar el juego de un bebé con un anillo suspendido en un

hilo. Pero la metaforización apenas si se disemina. Su cercanía a la literalidad demuestra una distancia cauta, casi comparativa. Sin embargo, la metáfora le permite explorar en características del proceso digestivo que le despliegan preguntas en torno a la conducta infantil.

El esquema conceptual está allí, listo para ser empleado. Alguna vez he empleado este mismo par nocional de Piaget para trasladarlo a la literatura acentuando sus posibilidades metafóricas. Me permitía en este sentido pensar las relaciones entre la literatura europea y su apropiación por parte de las latinoamericanas. Metaforizado, el par daba lugar a un devenir valorativo donde la adaptación a veces significaba una imitación sin asimilación local, incorporación que me permitía llamar indigesta. Este fenómeno de la indigestión (proveniente también de la biología pero ajena a la literalidad inicial) reconfiguraba los conceptos a la vez que los ampliaba en tanto herramientas de análisis.

No siempre, sin embargo, la metaforización es igualmente efectiva, ni responde a los mismos objetivos de diseminación y creatividad investigativa. En el caso de la narratología de Vladimir Propp, la recurrencia a la morfología significaba una operación interdisciplinaria de traslación no de un concepto sino de una modalidad. Encontrar la forma y estructura del relato popular significaba instalar el análisis literario sobre el terreno sólido de un mecanismo propio de las ciencias duras, de una rigurosidad positivista. Roland Barthes ha metaforizado exquisitamente este procedimiento allí donde en *S/Z* vinculó el hacer estructuralista al ejercicio budista de la ascesis: se trataba allí de ver todos los relatos del mundo en una sola estructura. Pero tal como señala Barthes (2004) este ejercicio no es ningún sentido diseminante: más bien se trata de un operación de indiferenciación, antirizomática.

La metaforización interdisciplinaria exige un ejercicio nómada, de desplazamiento, rizomático, diseminante. El problema está, en todo caso, en dónde detenerse. Cuando la metáfora comienza, pronto es posible que todos los elementos que originalmente se ligaban a la literalidad del concepto hayan desaparecido. Entonces vale preguntarse si estamos frente a lo mismo, si la sangría no ha asesinado al concepto. En tal caso, lo que se invalidaría, en apariencia, no es el efecto del concepto (puesto que puede ser igualmente productivo) sino el esfuerzo transdisciplinar. Con frecuencia, sin embargo, este desplazamiento radical constituye el estilo de algunos escritores, como el caso de Derrida, quien parece no poder detener el flujo avasallante de la metonimia.



Lo que se advierte allí es un juego: cuánto ofrece aquel concepto cuyo resto ha desaparecido y con qué validez puede resultar polémico. Pero nada hay en la interdisciplinariedad metafórica, incluso allí donde la literalidad es asesinada, donde ni huella ni espuma ha dejado la sutura, ni siquiera allí nada, ¡nada!, puede objetarse, si el desplazamiento ha permitido establecer nuevas asociaciones, iluminado nuevas trenzas y raíces. Los conceptos, después de todo, no son más que una caja de herramientas. Y un destornillador puede ser, sin llamar a esto “una obstinada imposición de la subjetividad” (Rorty, 1995: 112), un excelente abridor de cajas.

## **Bibliografía**

- BARTHES, Roland. [1970] (2004) *S/Z*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Felix. (1994) *Rizoma*. México. Ediciones Coyoacán.
- DERRIDA, Jaques. (1978) *La différance*. Edición digital de *Derrida en castellano*. [www.derridaencastellano.com](http://www.derridaencastellano.com).
- FLAVELL, John H. (1971) *La psicología evolutiva de Jean Piaget*. Buenos Aires. Paidós.
- RORTY, Richard. [1990] (1995) “El progreso del pragmatista” en Eco, U. *Interpretación y sobreinterpretación*. Cambridge. Cambridge University Press.